"Conocí a Miguel Hernández desde que era niño. Su necesidad y su apellido nos acercaban. (...) No le faltó mi amistad. Hice cuanto pude por él, y en sus procesos y en sus indultos afirmé que se podía haber desorientado en sus ideas políticas pero que no había pasado de la región de la poesía a la de los hechos delictivos teñidos de sangre y ello era causa de conservar mi amistad".

(Carta de Luis Almarcha, Obispo de León, a su amigo José Martínez Arenas, diputado a Cortes. León, mayo 1951)

LUIS ALMARCHA Y MIGUEL HERNÁNDEZ: LA AMISTAD PELIGROSA

MIGUEL ÁNGEL NEPOMUCENO

"Dicen que el tiempo lo borra todo y, a veces, lo único que hace es reavivar el fuego de los recuerdos con mucha mayor fuerza para nuestro pesar". Esta dolida reflexión, dicha casi en un susurro por el entonces Obispo de León, Dr. Luis Almarcha Hernández, a su amigo y coterráneo el diputado a Cortes por Orihuela, José Martínez Arenas, refiriéndose al poeta y amigo Miguel Hernández, deja entrever la sombra de algo que parecía estar remordiendo la conciencia del ilustre prelado oriolano en los últimos años de su vida: la muerte de Miguel en el penal de Alicante el 28 de marzo de 1942.

Una muerte que, según sus propias palabras, intentó evitar a toda costa pero que se le fue de las manos pensando en que, con sólo él pedirlo, se le trasladaría al sanatorio de Porta Coeli, en Valencia, para ser atendido de la grave tuberculosis que sufría. "Pero cuál sería su decepción -escribió el profesor Muñoz Garrigós- cuando vio que ninguna de las partes a las que había recurrido le dio la más mínima colaboración, y fue entonces y sólo entonces, cuando ya todo era irremisible, cuando se apercibió de su infundado optimismo", y concluye el profesor "en mi conversación con el Obispo de León en 1967, tuve la impresión de que el prelado tenía ese peso sobre sí mismo, no porque no lo hubiese intentado sino porque, al plantear el problema a más altas instancias, acudió a personas particularmente sensibilizadas entonces por el asesinato de sus seres queridos a manos de los del bando contrario".

Y es en este punto donde comienzan nuestras pesquisas para tratar de vislumbrar los motivos que dieron al traste con una amistad que duró más de veinte años y que truncó, de forma irreversible, la muerte de Miguel Hernández quien falleció convencido de que su amigo y coterráneo, el futuro Obispo de León, le había traicionado a última hora, sometiendo su libertad y

traslado a que se retractase de sus escritos y al casamiento por la Iglesia Católica con su mujer, Josefina Manresa, con la que estaba unido por lo civil desde el 9 de marzo de 1937. Se trataba así de legalizar, conforme al nuevo Régimen, un matrimonio que era considerado nulo.

Perito en lunas y Almarcha

En una no muy lucida entrevista publicada en el diario madrileño *Pueblo* el 26 de febrero de 1973, que lleva la firma de un tal A.A., el Dr. Almarcha dice: "Contribuí de alguna manera a su formación (...) Su primer libro *Perito en lunas*, se lo edité yo, de mi pecunio particular y fue impreso en los talleres de *La Verdad*, de Murcia. Me parece que me costó unas quinientas pesetas". Es curioso que el Obispo de León no mencione en ningún momento de la conversación que las otras personas que también avalaron el libro fueran el sacerdote ligado al Círculo Católico oriolano, Ramón Barber Marco, y su amigo íntimo José Martínez Arenas, a quien, sin embargo, sí menciona en los papeles que le entregó sobre Miguel Hernández. La edición costó exactamente 425 pesetas, y, según Martínez Arenas, en entrevista realizada en el diario *Arriba* (septiembre de 1971), "El importe de esta edición la pagó de su bolsillo el hoy Obispo de León, que ascendió a 425 pesetas. Miguel quiso devolvérselas, pero don Luis no admitió la devolución y le dijo que se las guardara para que editara el próximo libro que escribiera".

La amistad entre el Vicario orcelitano y Miguel comienza a hacerse cada vez más fuerte y, en carta estremecedora del 10 de octubre de 1932, el poeta, que cuenta 22 años, le dice a su amigo: Perdóneme que no haya cumplido (nunca) las promesas de visitarle en casa que (siempre) le he hecho. Por timidez maldita mía. (...) Y no: tengo, tendré siempre presente, sus consejos respecto a poesía, sus amenas conversaciones, en las que aprendí bastante, sus deseos de hacer de más grande solidez mi cultura, tan débil. Y ahora: Es el caso, querido Don Luis, que deseo vivísimamente estudiar y en casa no puedo o, no quieren, mantenerme si no trabajo (mi padre dice: si no doy "producto", como una máquina o un pedazo de tierra). Yo me ahogo en mi casa. Me dicen que no hago nada. Y yo no respondo que en los seis meses que no hago "nada" he hecho más que nunca (dar un salto enorme en la poesía, leer muchos libros y preparar uno para dentro de unos días) porque, ¿para qué?... Ellos no sabrán nunca leer y hacer versos e inclinarse sobre la tierra , o sobre las cabras, son la misma cosa y para hacer versos, como para trabajar es necesario ¿verdad? Amor. (...) He leído en "El Debate" del sábado 8 la convocatoria que hace dicho periódico a los aspirantes a periodistas, así como los planes de estudio en su Escuela de Periodismo. (...) ¿Quiere usted que vaya a visitarle a su casa esta noche, entre ocho u ocho y media, y me dice usted lo que sepa de esto? ¿Hará usted, querido don Luis, hará usted que puede por lograr una beca para mí, que no quiero "trabajar"?. Hasta la noche con un abrazo. Miguel Hernández.

Don Luis le recibió aquella noche en su casa, como nos dice su sobrina María, aunque la gestión no progresó. Entonces es cuando piensa ingresar en la Base Militar de Submarinos de

Cartagena, cosa que tampoco fructifica. Lo que sí dará resultado es la firma del contrato en diciembre de *Perito en lunas.*

"Nos pudo separar la política pero no la religión"

Las relaciones con el prelado se mantuvieron muy estrechas durante largos periodos de tiempo, aunque como dice el doctor Almarcha, "nunca me hablaba de lo que estaba haciendo, solamente me enseñaba las cosas cuando las había hecho". Respecto al tema religioso dice en sus notas a Martínez Arenas: " no lo ahondamos nunca. No era menester. Miguel, como su familia, era creyente y practicante con la vida honrada del cristiano español. (...) Ni a él se le ocurrió nunca una duda que consultarme, ni yo dudé nunca de su fe religiosa. La síntesis de este problema me la dio el mismo Miguel en mi penúltima conversación con él, en visita que me hizo, terminada la guerra: "Nos pudo separar la política, Don Luis, pero no la religión, ni las aficiones artísticas". No me engañó nunca Miguel ni le hacía falta engañarme".

La siguiente vez que recurre a Almarcha es al ser detenido el 4 de mayo de 1939 en Portugal y entregado a la policía española en Rosal de la Frontera. Desde allí escribe a su esposa Josefina Manresa el 6 de mayo: "Ve a mi casa y di a mi padre y a mi madre que estoy detenido, que un día de estos me llevan a Huelva desde este pueblo y que es preciso que me reclamen a Orihuela. Que hablen con Don Luis Almarcha, Joaquín Andreu, Antonio Macando, Juan Bellod, Martínez Arenas, Baldomero Jiménez y quien sea preciso para la consecución de mi traslado a nuestro pueblo".

Tres días después es trasladado de Huelva a Torrijos (Madrid). El 28 de mayo vuelve a suplicar a su mujer "Ve si Luis Almarcha, Juan Bellod y demás amigos pueden conseguir mi libertad provisional avalándome o haciendo lo que sea posible". El aval de Almarcha llega, pero no parece satisfacer mucho a Miguel que escribe a Josefina el 22 de agosto: (...) He recibido el certificado de don Luis Almarcha. No es gran cosa lo que dice, pero servirá a mi abogado defensor probablemente". Parece ser, según su viuda Josefina Manresa, que lo que ponía el documento, hoy desaparecido, era: "es un buen chico de buena familia, capaz de regeneración", palabra esta última que enfureció al poeta quien dijo: "yo no soy un degenerado".Tampoco se sabe si sus otros amigos, Giménez Caballero y Sánchez Mazas, llegaron a presentar alguna garantía para su liberación, cosa que ocurrió el 17 de septiembre por breve tiempo.

En contra de los consejos de sus amigos, Miguel se dirige a su tierra natal. Visita a sus padres y hermanos, quienes le intentan disuadir de que no se deje ver, pero él no hace caso y frecuenta los bares y las casas de sus amigos y el 29 de septiembre de 1939 es denunciado por un oficial del Juzgado Municipal, que lo ve cuando salía de comer de casa de la familia de Ramón Sijé. Es detenido y encerrado en el Seminario de Orihuela hasta que comienza un largo periplo por siete cárceles con la condena a muerte sobre sus espaldas, que le es conmutada por

la de treinta años gracias a las presiones de sus amigos escritores de fuera y dentro de España como Neruda, Cossío, fray Justo Pérez de Urbel, Aleixandre y varios más, hasta que llega a la de Alicante ya enfermo de tuberculosis.

Es aquí donde por última vez recurre a Almarcha y éste va a verle a prisión en compañía de Gabriel Sijé, Antonio Fantucci, Alonso Ortuño y el director de la cárcel . Dejemos al Obispo de León que relate él mismo lo sucedido: "No le faltó mi amistad. Hice cuanto pude por él, y en sus procesos y en sus indultos, afirmé lo que siempre tuve por cierto: que se podía haber desorientado en sus ideas políticas, pero que no había pasado de la región de la poesía a la de los hechos delictivos teñidos de sangre y que ello era causa de conservar mi amistad actual. Sus creencias religiosas si sufrieron eclipse, lucieron de nuevo cuando indultado de la pena de muerte estaba enfermo en el Reformatorio de Alicante. Fui a visitarle a la cárcel. Pretendíamos que se permitiese llevarle a un Sanatorio conforme a sus deseos. ¡Me daba tanta pena el pobre Miguel!. El jefe de la cárcel, que me acompañaba, se acercó a la cama y le dijo: "Aquí viene a visitarle el Sr. Vicario General". Miguel le contestó: "D. Luis y yo somos viejos amigos." Le presenté a los que me acompañaban que querían conocerle (...) "*Yo con quien quiero hablar es con usted,* me dijo. Y hablamos largo rato. Le dejé lleno de esperanza y de ilusiones. Me dio pena la separación, porque el aspecto del enfermo confirmaba los temores del médico. Pocos días después llegó la noticia de su fallecimiento. El Padre Vendrell, jesuita, capellán de la prisión, mandado por mí, le había visitado en mi nombre después de mi despedida. Sé que el discreto y caritativo Padre quedó contento de sus entrevistas y que Miguel lo agradeció mucho". Hasta aquí las notas de Almarcha a Martínez Arenas.

"Hacia lo Alto"

Este lema que reza sobre el escudo episcopal del ilustre prelado parece que intentó aplicarlo a toda costa con Miguel Hernández con el fin de que se le trasladara, como era deseo del poeta, al sanatorio de Porta Coeli, en Valencia, único lugar donde cabía una mínima esperanza de salvación. Almarcha, como había sucedido anteriormente con éxito, cuando tuvo que salvar a su padre de ser encarcelado por haber matado a un hermano suyo (de Almarcha), que se había negado a ser sacerdote (según relata Josefina Manresa), recurrió a sus amistades políticas y militares del momento, ahora sin éxito. Tampoco, según se desprende de su aval, lo hizo con la energía que en momentos como éste sería menester emplear. Resultado de ello fue la enérgica carta que Miguel escribió a Josefina desde el penal de Ocaña el 26 de abril de 1941 : "Almarcha y toda su familia y demás personas de su especie que se guarden muy bien de intervenir en mis asuntos. No necesito nada de él (...) ya te contaré, y comprenderás que no es posible aceptar nada que venga de la mano de tantos Almarchas como hay en el mundo".

Y aquí comienza el verdadero dilema de esta amistad peligrosa que se vio truncada a última hora por motivos que nunca han quedado lo suficientemente claros. La pregunta inmediata

que surge es: ¿por qué Almarcha, con el poder que tenía en las más altas instancias, no *ordenó* que fuera trasladado Hernández a Porta Coeli?. Para su viuda, Josefina Manresa, todo estuvo condicionado a su casamiento por la Iglesia como dijo en conversación grabada en Cox (Alicante) el 28 de junio de 1980. "Querían que se retractase de sus escritos y que celebrase el matrimonio por la Iglesia. Cuando Miguel se vio sin remedio, él mismo pidió el casamiento canónico ya que entonces eso era lo legal, y como su preocupación era lo desgraciada que me quedaba obró de esa manera con el fin de asegurarnos la legalidad a mi hijo y a mí y por lo tanto la seguridad tras su muerte".

Elvira, su hermana, aún albergaba la esperanza de que el Vicario de Orihuela le librase del sufrimiento trasladándole al antituberculoso de Valencia, por lo que aconsejó a Miguel que recurriese a Almarcha y accediese a "sus deseos de casamiento, para que tu mujer y tu hijo puedan acogerse a las leyes del nuevo régimen". (Conversación con Elvira Hernández, agosto de 1990). Ramón Pérez Álvarez, compañero de Miguel en la cárcel y testigo presencial de los hechos, contó a Sánchez Vidal que: "entre todos los capellanes que había en el Reformatorio de Alicante el más famoso era el Padre Vendrell, de infausta memoria para los que estuvimos condenados a muerte. Era un comisario eclesiástico. En él delegó, después de que mediaran otros curas, D. Luis Almarcha que, en su absoluta sapiencia, sabía que era una carcoma incansable". Algo parecido dice su otro compañero de prisión Luis Fabregat Terrés, en conversación mantenida con Sánchez Vidal sobre el chantaje ejercido por el jesuita Vendrell "a instancias de Luis Almarcha": " En los archivos del reformatorio no figura ninguna solicitud y sí sólo una orden de traslado, con fecha posterior a su matrimonio canónico y pocos días antes de morir. Si relacionamos esto con lo manifestado a Miguel por el señor Vendrell después de operado aquél (nosotros no vamos a conseguir de usted lo que queremos, pero tampoco usted conseguirá lo que pretende) se deduce que no hubo ningún intento de traslado sin condicionamientos".

El pintor y arquitecto Miguel Abad que estuvo preso con él en el Reformatorio de Alicante hace también todo lo posible para sacarle de allí y recurre al Vicario General de la Diócesis don Luis Almarcha pidiéndole ayuda. Esto es lo que dijo el pintor: "Fue un diálogo de silencios. Le dije que Miguel se moría y me respondió el silencio y un "yo no puedo hacer nada".

El hermano de Miguel, Vicente, en carta aún inédita, en la que pretende refutar las versiones de las ayudas al poeta, dice que : "cinco o seis meses después de terminar la guerra, fui a ver a Almarcha y éste me negó todo apoyo diciendo que*: no podía hacer ahora nada porque él no me quiso hacer caso cuando le propuse rectificar de sus ideas y de sus escritos".* Si embargo, hay constancia de que el Dr. Almarcha, siempre se preocupó por Miguel de manera directa o indirecta como manifiesta en un escrito con fecha del 2 de octubre de 1941 dirigido a don Gaspar Blanquer, capellán del Cuerpo de Prisiones, en el que dice que "D. Vicente Dimas, cura del Altet, profesor del Instituto, tiene el encargo de visitar al recluso Miguel Hernández Gilabert de parte mía, pues tengo interés en no abandonar a este joven" (Ramos y Molina)

Palabras concluyentes que vuelven a tener un mayor significado cuando ordena al Padre Vendrell que lo visite después de su despedida como ya hemos visto. En entrevista realizada para "Pueblo" del 26 de febrero de 1973 dice el Obispo de León: "la última vez que lo vi fue en el hospital de Alicante un par de días antes de su muerte". Si las visitas por parte del Almarcha no se prodigaron más "puede ser debido, dice su secretario particular D. Julio Gutiérrez Frade, a que era muy sensible y no podía ver sufrir a los demás. A este respecto puedo decirle como anécdota, que cuando el padrino de D. Luis, D. Eusebio, se estaba muriendo de cáncer en Orihuela, en medio de grandes sufrimientos, Su Ilustrísima sólo fue a visitarle una sola vez porque no soportaba verle en semejante estado, aunque procuró que no le faltase de nada".

Ramón Pérez Álvarez tiene sin embargo muy claro que si Almarcha no lo trasladó "fue porque no quiso. D. Luis debió mandar algún médico y menos curas. Salvada su vida, quedaba tiempo de trabajar por su alma. Podía más. No se quiso. Una vez casado y considerada salvada su alma, Miguel podía morir en la cárcel o donde fuera". Miguel da su consentimiento convencido de que va a morir con el fin de que su hijo de tres años y su mujer queden asentados "en la nueva legalidad". (S.V). El casamiento se celebra el día 4 de marzo de 1942, 24 días antes de su muerte. "en rito similar al de *in articulo mortis*, dada la gravedad del enfermo". (Sánchez Vidal). Sobre este particular Miguel es tajante en carta a Josefina días antes: "De lo que me dices de si es por voluntad mía o no, te digo que no. Lo que para mí es una gran pena, para ti es una alegría" . Y Josefina dijo al respecto: "El cura de la cárcel, Don Salvador Pérez Lledó, me dijo que Miguel había pedido casarse por la Iglesia, pero él decía que lo habían obligado...", y concluye: "Miguel no creía necesaria esta ceremonia para querernos".

El 21 de marzo un comunicado oficial del Ministerio de Justicia autoriza su traslado al sanatorio de Porta Coeli. Demasiado tarde. Miguel no se podía mover. Josefina relata así el último día que fue a visitarle, el 27 de marzo: "Esa vez no llevé al niño y me preguntó por él. Con lágrimas que le caían por las mejillas me dijo varias veces: "Te lo tenías que haber traído". Tenía la ronquera de la muerte. Volví a visitarle al día siguiente y al poner la bolsa de comida en la taquilla me la rechazaron mirándome a los ojos. Yo me fui sin preguntar nada. No tenía valor de que me aseguraran su muerte. Era el 28 de marzo, sábado, víspera de Domingo de Ramos".

La sombra del prelado es alargada

Pero esta siniestra historia de peligrosa amistad aún no concluiría con el fallecimiento de Miguel, ya que seis años después, en 1948, la sombra de los dos amigos y procuradores a Cortes oriolanos José Martínez Arenas y el propio Almarcha volvería a hacer acto de presencia en la vida de Josefina Manresa Marhuenda y de su hijo de nueve años Manuel Miguel Hernández. Esto es lo que dice la viuda de Hernández: "Cuando mi hijo contaba nueve años se presentó en mi casa Efrén Fenoll, comunicándome que D. José Martínez Arenas y el direc-

tor de la Caja de Ahorros de Nuestra Señora de Monserrate de Orihuela, señor García Rogel, habían acordado internar al niño en el colegio de Santo Domingo de Orihuela, donde también estudió Miguel. (...) Me presenté con el niño, en compañía de Efrén, en el despacho de Martínez Arenas y nos acompañaron al colegio de los jesuitas. Estos examinaron al niño y lo encontraron algo retrasado, pero muy inteligente. Al regreso del colegio, Don José me propuso que firmara un documento que impidiera la publicación de *Viento del pueblo* aquí y en América, diciendo que con mi firma formaría un control en America y no permitiría publicar dicho libro. Yo les contesté que no iba en contra de lo que mi marido había escrito y ya no volví por allí. Después Efrén me dijo que estas personas le habían dicho que no querían hacer nada en beneficio de la familia de un rojo".

Y como conclusión, de nuevo las palabras de Josefina con relación a Almarcha. "Hacía poco que Miguel había muerto, cuando me aconsejaron que solicitara un estanco, que me correspondía por se hija de (guardia civil) caído. A mí me alegró mucho la noticia, porque yo deseaba vivir en Alicante para estar cerca de Miguel y lo solicité allí. (...) Vino aprobada esa solicitud: nos dieron un estanco en el barrio de las Carolinas de Alicante, y precisamente ese barrio está cerca del cementerio. Pero me encontré con el inconveniente de que no tenía dinero para el alquiler de un local, ni para empezar el negocio y otros inconvenientes más pues entonces estaba el tabaco racionado (...) Me aconsejaron que me dirigiera a alguna persona influyente para ver de conseguir los mismos derechos que los demás estancos tenían. Yo que para pedir favores siempre he sido más corta que las mangas de un chaleco, Elvira, la hermana de Miguel, que era todo lo contrario, me empujó a recurrir a pedirle este favor a Don Luis Almarcha y yo con el temor de no obedecerla, pues en el fondo me repugnaba un favor de ese señor, que de ninguna manera me hubiera aprovechado. Nos presentamos en el despacho del obispo donde entonces él tenía el cargo de secretario. Nos recibió y escuchó con alborozo. Escribió una carta para el administrador de Tabacalera de Alicante y le decía en ella que me atendiera y , que si él no podía resolverlo desde allí, que lo resolverían todo desde Madrid. A continuación me dijo que le llevara todo el original inédito que tuviera de Miguel, que tenía gusto de conocerlo. El observaba mi reacción silenciosa, negativa y repetía el tema. Sabía que su deseo se desvanecía, había dado en piedra. Me salí de allí tranquila de no tenerme que arrepentir de algo que yo misma no me hubiera perdonado, ya que mi conciencia no quería hacer esa visita y me alegró el resultado negativo de la misma".

Hacia el final de su vida, en 1972, según nos relata su secretario Gutiérrez Frade, fueron a La Murada unos periodistas de *ABC* para hacerle una entrevista con relación a Miguel Hernández "y Su Ilustrísima no los quiso recibir. Entonces yo, dice Frade, le insinué de que si no les concedía esa entrevista podrían pensar que como ya estaba jubilado a lo mejor no regía bien o tenía lagunas, cosa que nunca tuvo pues era una persona muy lúcida. Después de meditarlo un poco dijo: "que pasen, pero no mucho tiempo". Entraron los periodistas. Yo estaba delante. Y lo primero que le preguntaron es que si cuando estuvo con Miguel en la prisión de

Alicante y se quedó a solas con él este se había confesado. El Obispo de León les miró fijamente y sin perder la calma pues era un hombre de gobierno dijo: "Lo que hablamos Miguel y yo sólo Dios y yo lo sabemos. Fuimos amigos hasta el final, el resto ya lo he dicho otras veces y ustedes lo saben por los periódicos. Siento no poder atenderles más pero se han pasado dos minutos del tiempo que normalmente concedo a los periodistas". Alguien comentó entonces que si podían hacerle una foto y él mirándome sonriente me dijo: "Julio, ponte a mi lado" y ahí quedamos retratados para la posteridad. Creo, concluye su secretario, y es mi modesta opinión, que el Dr. Almarcha no pudo hacer nada más que lo que hizo por Miguel. Yo le conocí y no era de la clase de hombres que abandonara a sus amigos".

Un retrato movido y un "sólo Dios y yo lo sabemos" ponen colofón a esta historia de "peligrosa amistad" a la que por más que reflexionemos sobre ella, y por más testigos presenciales que aportemos, jamás tendrá un claro veredicto de culpabilidad hacia el Obispo de León. Se han dicho cosas muy duras hacia él en momentos de resentimiento pero, y sin querer hacer de abogado del diablo, los hechos están encima del tapete. Naturalmente las dudas de si hizo todo lo posible por salvarle, o si fue poco enérgico a la hora de exigir su traslado, o si confió en que el poder de la mitra iba a ser más fuerte que el poder de los hombres, estarán siempre presentes en la mente de todos. Miguel Hernández así lo creyó y con esa certeza murió. El resto de la historia cada uno la interpretará según sus convicciones, pues como escribió León Felipe :

"Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que visto.
Y he visto:
Que la cuna del hombre la mecen con cuentos...
Que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos...
Que el llanto del hombre lo taponan con cuentos...
Que los huesos del hombre los entierran con cuentos...
Y que el miedo del hombre...
ha inventado todos los cuentos.
Yo sé muy pocas cosas, es verdad.
Pero me han dormido con todos los cuentos...
Y sé todos los cuentos".

Pero, ¿quién era este obispo al que Miguel Hernández amó y repudió hasta el último momento?

Luis Almarcha Hernández: El hombre, el prelado, el político

Una sencilla lápida en el suelo de la zona penitencial de la capilla de la Virgen del Camino, en la Catedral de León y una larga calle en el barrio de El Ejido de esa ciudad, recuerdan la memoria del que fuera obispo de León por nombramiento directo de Pío XII, desde el 10 de

julio de 1944 hasta el 4 de abril de 1970: Luis Almarcha Hernández, un hombre que despertó las opiniones más encontradas entre los sectores ideológicos más diversos que no supieron o no quisieron ver en su conducta las circunstancias que, en situaciones concretas, le obligaron a tomar decisiones o actitudes a veces discutibles. Un hombre afecto al Régimen que, visto en el contexto de la época en que le tocó vivir, de restricción, censura y sometimiento a unos valores preestablecidos dentro de una estricta dictadura, se manifestó como un auténtico príncipe del Renacimiento, cuyo talante abierto le valió tanto la admiración de los ideológicamente más distantes a él como la repulsa de los más allegados, con los que, en ocasiones, sostuvo enconados enfrentamientos desde los diversos estamentos políticos, sociales o religiosos que entraban dentro de su competencia.

A juzgar por los testimonios orales y las pruebas documentales que hemos ido recabando a lo largo de varios años, mientras más se profundiza en su figura desde todos los ángulos y aristas, más se agiganta esta hasta el punto que a veces resulta imposible separar los distintos aspectos que han conformado, en líneas generales, la vida del ilustre obispo leonés: el humano, el social, el pastoral y el político, aunando en su persona una serie de cualidades que adornan y enriquecen de manera impresionante todo un pontificado de 26 años al frente de la diócesis leonesa a la que dedicó los años más fructíferos de su longeva existencia, dotándola de los recursos necesarios para su enriquecimiento cultural y apostólico. Un pontificado lleno de actividad y, sobre todo, de inquietud y sensibilidad hacia los necesitados, el clero y las obras sociales y de apostolado cultural, que comenzando en su pueblo natal, La Murada, y continuando en su vicaría de Orihuela prosiguieron de forma decisiva en León y provincia para concluir en esa fértil vega oriolana donde crea y construye a sus expensas una parroquia y un poblado de casas para familias humildes y trabajadoras en su propia finca a la que dio el nombre de Virgen del Camino, como prueba de amor hacia la patrona de León.

Veintiocho años después de su muerte, y en momentos mucho más inciertos que los que al ilustre prelado le tocó vivir, de pérdida de valores y referentes culturales, sociales y humanos, creemos necesario volver a traer al presente su figura en toda su dimensión por lo que de singular tiene, pues es difícil, por no decir imposible, que una sola persona haya podido llevar a cabo una labor tan ingente y diversa en todos los campos socioculturales, políticos y pastorales, como la que realizó el Obispo Almarcha en León y Orihuela.

El corazón y la tierra

En 1887, La Murada (pueblecito a 18 kilómetros de Orihuela) no era más que una docena de casuchas diseminadas en medio de 25000 hectáreas de secano a las que los pacientes agricultores se esforzaban por extraer cada temporada las escasas hortalizas que a base de ímprobos sacrificios podían cosechar. Tendrán que pasar 33 años hasta que el Rey Alfonso XIII destine dos millones y medio de pesetas para la construcción del canal que él mismo inaugurará en

1925 y llenará de vida aquella inmensa llanura oriolana, convirtiendo las sedientas tierras en fértil vega. En una de estas modestas casitas, en la finca La Torre, a las afueras de La Murada, nacerá, el 14 de octubre de 1887, el que va a ser Obispo de León, por nombramiento directo de Su Santidad Pío XII, desde el 10 de julio 1944 hasta el 17 de diciembre de 1970, Luis Almarcha Hernández.

Sus padres, Manuel y Saturnina, eran labradores y tuvieron seis hijos, cuatro de ellos siguieron la carrera eclesiástica por designio paterno irrevocable (dos monjas de Jesús María, en Lyon, Visitación y María, un sacerdote jesuita, Manuel y Luis, el hermano mayor José, fue muerto en circunstancias extrañas por el padre al negarse a entrar en el seminario y la otra hermana, Carmen, falleció a los 42 años del corazón). Cuando Luis alcanzó la edad de once años sus padres le ingresan en el Seminario Diocesano de Orihuela, donde estudia Humanidades, Filosofía y Teología y, diez años después, en 1908, se traslada a Roma donde obtiene el grado de Doctor en Derecho Canónico con las máximas calificaciones.

El 17 de julio de 1910 es ordenado sacerdote por el cardenal Merry del Val, con dispensa de edad, celebrando su primera misa en las Catacumbas de San Sixto de la "Ciudad Eterna". Dos años después, es nombrado profesor del Seminario y Prefecto de Disciplina. Su ansia de conocimiento y su interés porque otros menos afortunados puedan acceder al saber le lleva a fundar, en 1913, la Academia de Santa Teresa para prácticas de Literatura Castellana y Círculos de Estudios Prácticos de Sociología. Ese mismo año es nombrado Fiscal de la Curia por el Rvdmo. Dr. Plaza y Blanco. Continúa con su labor fundacional y en 1914 crea el Círculo Obrero de Nuestro Padre Jesús en Orihuela y en 1919 la Federación de Sindicatos Católicos. Durante veinte años fue Consejero en la Caja de Ahorros de Nuestra Señora de Monserrate, institución benéfica de gran arraigo en Orihuela. En 1923 es nombrado por la Santa Sede Dignidad de Chantre de la S.I. Catedral de Orihuela y en 1924 Vicario General de la Diócesis.

Al estallar el Movimiento Nacional se encuentra en Barcelona, donde estuvo encarcelado en campos de concentración hasta que logra huir a Francia, según escribió en sus memorias *Mi cautiverio en el Dominio Rojo*. Regresa a España por Irún y se instala en Zaragoza. Una vez finalizada la guerra civil es nombrado por designación directa de Franco Procurador en Cortes de la Primera Legislatura (era uno de los "40 de Ayete") y miembro del Consejo del Reino, posteriormente.

El 10 de julio de 1944 Pío XII le nombra Obispo de León, siendo consagrado Obispo de la Diócesis el 29 de octubre del mismo año sucediendo en el mandato al Rvdmo. Carmelo Ballester Nieto. Permanece en la silla episcopal durante 26 años hasta el 4 de abril de 1970, año que solicita a Su Santidad Pablo VI su dimisión por motivos de salud, dimisión que le es concedida y se le nombra obispo titular de Elepla-Dimisionario de León. Como Padre Conciliar participa en todas las sesiones del Concilio Vaticano II, siendo notables sus intervenciones sobre Arte Sacro, doctrina social y formación de los sacerdotes. Durante su pontificado realiza cinco

visitas pastorales completas a la Diócesis. Bajo su mandato, y merced a su iniciativa, tuvieron lugar en León acontecimientos tan importantes como el VI Congreso Eucarístico Nacional, I y II Semana Nacional de Arte Sacro, Año Isidoriano, IX Centenario de Coyanza y un Sínodo Diocesano. Es Hijo Adoptivo de Orihuela en 1944 y de León y provincia desde 1964. Falleció en León el 17 de diciembre de 1974 y está enterrado en la capilla de la Virgen del Camino de la Catedral. Sobre su escudo episcopal el lema "*Dunc Altum*" (Hacia lo Alto) , que tanto gustaba repetir.

Entre sus innumerables nombramientos y distinciones figuran las de Vicario de Orihuela, Procurador a Cortes, Consejero del Reino hasta su fallecimiento, Asesor Nacional de Sindicatos, Consejero Nato de la Casa de León en Madrid, Presidente Honorario de la Caja Rural Cooperativa Agrícola Católica de ASPE, Consejero de Honor del Instituto Nacional de Previsión de León. Presidente de la Junta Nacional de Arte Sacro, Asistente del Solio Pontificio, Consejero de Honor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Estaba en posesión de la Cruz de San Raimundo de Peñafort, de la Gran Cruz de la Orden de Cisneros, otorgada por Franco en 1952. En el 1961 el Jefe del Estado le concede la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio y la Gran Cruz de Isabel la Católica. Medalla de Honor Personal de la Real Academia de San Fernando por sus trabajos en la defensa del tesoro Artístico Nacional.

"Por sus obras les conoceréis"

Cuando el doctor Almarcha llega a León el 29 de octubre de 1944, festividad de San Marcelo, procedente de su tierra natal, Orihuela, se encuentra con una ciudad que está intentando rehacerse de una despiadada guerra que acababa de concluir hacía cinco años, dejando los restos de su miseria y destrucción sembrados en las vidas y los rostros de sus gentes. Sin embargo, León era una ciudad que no había perdido la fe ni los valores religiosos más esenciales tan arraigados en las conciencias de sus habitantes y dispensan, según las crónicas, una acogida multitudinaria al prelado oriolano cuando recorre las calles más céntricas de la ciudad en carroza tirada por seis briosos caballos hasta la iglesia del patrono de la ciudad, San Marcelo, donde el Cabildo en pleno le espera para ser revestido de pontifical.

Desde el mismo día de a su llegada a León, el doctor Almarcha se preocupa en conocer en profundidad la problemática diocesana y en especial en saber las necesidades de todo tipo del pueblo que va a gobernar espiritualmente. De toda esta labor pastoral ha dejado puntual testimonio en los cuatro tomos de sus obras editadas por el Centro de Estudios "San Isidoro" y el Archivo Histórico Diocesano, que dirige con especial sensibilidad y dedicación don José María Fernández Catón. El primero de estos volúmenes está dedicado a *La Cooperación como sistema económico-social*, algo por lo que el obispo de León sentía especial inclinación desde sus primeros tiempos en Orihuela, donde había creado las Cooperativas Agrarias que aún permanecen en activo. El segundo tomo se centra en las *Ideas Sociales*, otra de sus permanentes

inquietudes y en el se recogen las pastorales, ponencias y discursos de carácter social que forman el "corpus" de su doctrina. El tercero está dedicado a los escritos doctrinales y pastorales, agrupados bajo unos epígrafes específicos y el cuarto "Instituciones y Diócesis", se detiene en los más variados campos de la investigación, la cultura, el apostolado, la pastoral y la previsión del clero.

Busca de inmediato colaboradores eficientes a los que encomienda el cuidado y la vigilancia de los bienes eclesiásticos de la Diócesis, con el fin de comenzar lo que podríamos llamar la obra de conservación del patrimonio artístico, restaurando iglesias, monasterios y conventos en peligro de desaparición o derrumbe, reconstruyendo aquellos que, con el tiempo y la dejadez, se habían venido abajo. Para ello instituye el día 1 de junio de 1948 la Comisión de Arte Sacro, juntamente con las de Apostolado Litúrgico y Música Sacra. La primera, que consta de dos secciones, se ocupa de Arquitectura, Escultura y Pintura, la otra, de Artes Santuarias religiosas, tiene como fin velar por la observación de las normas eclesiásticas en la construcción y reparación de templos y vigilar por la conservación del tesoro artístico de la Iglesia.

El 1 de septiembre de 1952 crea la Escuela Superior de Arte Sacro, al servicio de la misma finalidad. Bajo su impulso y dirección y con su apoyo y buen sentido artístico se crean, en los 16 primeros años de su pontificado, 54 nuevos templos, se reconstruyen 159, se reparan 397, se crean 131 nuevas casas rectorales, se reconstruyen 241. Estas cifras se incrementan de modo cuantitativo en los diez años siguientes. Como ejemplos significativos de esta continua labor mencionaremos las reformas llevadas a cabo en la Capilla de la Virgen del Camino de la Catedral, el traslado de la Virgen Blanca del parte luz del pórtico a una de las capillas del ábside, sustituyendo aquélla por una fiel réplica realizada por el escultor Andrés Seoane. Se reparan las vidrieras y se repone el pavimento de piedra como estaba antiguamente. Se instala la calefacción de aire caliente y se desmonta completamente el hastial de mediodía que amenaza ruina y se reconstruye en su forma primitiva, con lo que la Catedral vuelve a ganar en esbeltez y vistosidad. La iglesia de Regla se convierte en Sala Capitular, trasladándose el culto a la de San Pedro de los Huertos. Tras el aparatoso incendio del 29 de mayo de 1966, que afecta a la cubierta de la Catedral, el obispo pronto solicita al Ministerio de Hacienda su colaboración para la reparación del tejado, dotándolo de una nueva cubierta, según las técnicas más recientes en la época.

La Colegiata de San Isidoro sufre una gran reforma y se la adapta para la construcción del Consistorio Sacerdotal, habitaciones de los capitulares, y residencia de una comunidad de religiosas. Se instala allí la Cátedra de Estudios San Isidoro, la Escuela Superior de Arte Sacro, la sección de Imaginería, el Servicio Bibliotecario, el Archivo y el Museo. "Algo impensable en aquellos tiempos", dice el Abad de la Colegiata don Antonio Viñayo, con quien Almarcha, como veremos más adelante, tuvo una relación especial. "Fue una gran labor la que realizó en la Colegiata -continúa diciendo Viñayo- pues abrió un acceso directo a los Museos, los independizó del resto del edificio, restauró la torre románica, la Cámara de Doña Sancha, el Hastial de

la Puerta del Perdón, la Capilla de Santo Martino, el antiguo Refectorio, las capillas del claustro así como la pavimentación y entrada a la Basílica".

Para concluir esta somera relación de la labor restauradora y constructora del admirado prelado, debemos hablar del gran amor de su vida, la Basílica de la Virgen del Camino, hacia cuya patrona tuvo siempre una especial y ciega devoción. En 1961 inauguró la gran obra, que junto a la construcción del Seminario Menor, significan el alfa y el omega de una trayectoria ahíta de creaciones. En la Virgen del Camino mandó construir una serie de edificaciones notables, desde el Colegio Apostólico, Casa de Ejercicios, Escuelas Populares y la Granja, pero, sobre todo, la más noble de ellas fue la construcción del nuevo Santuario que se llevó a cabo gracias a la magnificencia del generoso mecenas leonés don Pablo Díez y su esposa doña Rosario Guerrero.

De este amor hacia la patrona de León el obispo oriolano ha dejado una muestra perenne en un pueblecito a seis kilómetros de La Murada, en Orihuela, donde mandó construir, siguiendo las trazas arquitectónicas de nuestra Basílica, otra mucho más pequeñita y modesta con el mismo nombre en medio de las tierras que eran de su propiedad y que donó para construir, a sus expensas, 1000 casas para obreros, en otra de esas cooperativas a las que era tan afecto. Ahora ese pueblecito venera a la patrona de León en su iglesia parroquial de la Virgen del Camino ante la atenta y picaruela mirada del generoso obispo desde lo alto de una marmórea columna.

Bajo su episcopado se celebra en León el Congreso Eucarístico Nacional del 2 al 7 de julio de 1964, y dentro de él la II Semana Nacional de Arte Sacro y el Concilio Vaticano II". A la apertura del Congreso asistieron el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Riberi, el Cardenal Landázuri y el Ministro de Justicia. Como Obispo Conciliar asistió a todas las sesiones del Concilio Vaticano II, donde dejó palpables muestras de su talante innovador y de su altísima competencia en arte sacro.

La Obra Hospitalaria "Nuestra Señora de Regla"

El obispo de León no se detiene en obras menores y ordena de inmediato obras de restauración en la iglesia mozárabe de San Miguel de Escalada, donde el 29 de abril de 1948 se establece el Rectorado del Priorato del mismo nombre. Restaura la iglesia románica de Arbás del Puerto y en junio de 1954 lleva a cabo la coronación de la Virgen de Villalpando, pueblo zamorano perteneciente, entonces, a la Diócesis legionense. Trae las portadas del palacio de Renedo de Valdetuejar para el Hospital de La Regla y la del monasterio de Eslonza para la iglesia de Renueva de León. Además, construye el Seminario Menor San Isidoro, las iglesias de Jesús Divino Obrero y San Claudio en la capital, restaura el Palacio Episcopal y se vuelca en la Obra Hospitalaria de Nuestra Señora de Regla para lo cual adquirió los edificios adosados al Norte

de la Catedral "con el fin de aislarla y restablecer su circunvalación. Y pensamos -dice el doctor en su decretal de 10 de abril de 1966- en el posible aprovechamiento del espacio restante para establecer al amparo de la Virgen de Regla el Sanatorio del Clero, conjuntamente con los servicios sanitarios a favor de los pobres, débiles, peregrinos y todas las obras de piedad para los necesitados".

Incorpora al edificio, además, el Hospital, las Obras de Previsión del Clero, con la Mutualidad de enfermos, retirados y jubilados, por inutilidad o vejez, conservando estas entidades su personalidad jurídica, traslada allí las Obras de Cáritas Diocesanas y cuantas obras están encuadradas en la caridad social creadas por la Iglesia, "dedicando a las mismas como hogar los nuevos edificios más todas las posibilidades económicas vinculadas a fines de caridad activa de los fieles en la recogida de limosnas y estímulo de fundaciones piadosas para estos fines". Igualmente crea e incorpora a la misma la Escuela de Enfermeras, "para la preparación de las Religiosas de tantas Ordenes y Congregaciones al servicio de hospitales y Sanatorios y, además, el de la formación de aquellas numerosas jóvenes que sientan la vocación de consagrarse a la Caridad en Hospitales y Sanatorios así como en las Misiones. Por otra parte pueden beneficiarse de la enseñanza todas aquellas jóvenes que quieran consagrarse a la noble profesión de Enfermeras".

Obra Social

Uno de los mayores logros del infatigable obispo fue la creación de una Cooperativa de Casas Baratas en el barrio de San José de las Ventas de León, poco tiempo después de fundar las Cajas de Pobres. Viendo las tremendas miserias que aquejaban a los habitantes de este poblado barrio leonés hizo un estudio, por medio del párroco, de las necesidades más acuciantes, como eran las viviendas donde se arracimaban familias enteras de cuatro y cinco hijos sin más mobiliario que una mesa destartalada y dos sillas, teniendo que dormir en jergones en el suelo o en somieres corroídos por la herrumbre. Con la creación de esta Cooperativa dio vivienda digna a 25 familias de las más necesitadas que fueron construidas, en horas extraordinarias, por los mismos obreros que las iban a habitar. La solución para la adquisición del capital se tomó del ejemplo de las Cajas Rurales. El Monte de Piedad de León accedió gustosa a abrir un crédito, ajustando el uso del crédito al valor de las construcciones. El Ayuntamiento regaló generosamente el solar, y de esta forma, más de treinta familias pudieron vivir en condiciones humanas con el esfuerzo mutuo de cada cooperativista. El lema del ilustre prelado leonés "Unos por otros y Dios por todos" comenzaba a tener su verdadera razón de ser.

Tampoco descuida otros aspectos de la vida cultural y del apostolado leonés y crea la Escuela del Magisterio de la Iglesia, La Escuela Social de la Iglesia para la Mujer, La Escuela Superior de Servicios Sociales "Nuestra Señora del Camino", El Colegio Menor "Jesús Divino Obrero", para la formación de jóvenes pobres que por su nivel intelectual y necesidad de medios

hayan obtenido becas de estudio como tales. Con él llega la Diócesis de León a 761 parroquias estructuradas en 36 arciprestazgos y nueve zonas pastorales.

Almarcha en la memoria

A pesar de toda esta ingente obra de cinco lustros dedicada a León y a su Diócesis, de haber sido uno de los obispos más respetados por Franco y sus ministros y de haber gozado de la estima de las más altas jerarquías purpuradas vaticanas, para sus feligreses Almarcha era un hombre distante al que el pueblo veía como a un patriarca a quien se le admira pero se le teme. Algunos incluso llegaron a identificarle como el Obispo que no dejó instalar la FASA en León.

"Un espantoso bulo -dice el poeta y cronista de León Victoriano Crémer- para minar el alto concepto que los hombres sensatos tenían de Almarcha. Alguien dejó correr el rumor de que aquel obispo de tantísima influencia no había prestado la suficiente atención para la conquista de la industria FASA. No conozco los pormenores de un asunto tan espinoso y tan proclive a sospechas y manejos interesados, pero por lo que conozco de D. Luis, considero el infundio como una forma de resentimiento de los mediocres".

De esta misma opinión es el ilustre catedrático y antiguo Rector de la Universidad de León don Miguel Cordero del Campillo, quien señala que "el mismo que se inventó el cuento de la FASA se inventó el de Michelín y el de una fábrica de máquinas de escribir. Esa persona dejó correr el bulo que el Obispo, Eguiagaray y el Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, se habían opuesto a que la FASA se instalara aquí porque León era una ciudad muy patriarcal, y era introducir mucho mono azul. Semejante barbaridad no cabe en cabeza de persona sensata que conociera al Obispo, un hombre liberal, al que yo definiría como "un príncipe del Renacimiento", en el sentido de que se sentía príncipe y así era visto y sentido por los curas que le respetaban mucho. Para sus feligreses era como alguien muy elevado, una alta dignidad, en otras palabras como si viniera el señor Conde, pues hasta el Concilio Vaticano II el Obispo de León tenía los títulos de Conde de Colle, señor de Vegamián y de los lugares de las Arrimadas. Como persona lo definiría como un hombre culto, de una alta estima de su dignidad episcopal, con una conciencia de clase arraigada que le hacía sentirse por encima del clero común. Era una persona muy preocupada por las actividades culturales hasta el punto de intentar establecer una Universidad de la Iglesia en San Marcos, antes que lo hiciera el Opus en Navarra. Para ello tuvo contactos con la Caja de Ahorros que entonces presidía Hurtado, con la Diputación y con varias instituciones más pero aquello acabó en nada porque los demás no se animaron y el obispo se quedó solo. Era una persona muy inteligente y como tal abierto. Muy de la Iglesia, muy del Régimen pero no era un sectario. Tuvo aquel problema con Miguel Hernández pero, sin embargo, fue muy amigo y ayudó mucho a ese gran poeta que es Victoriano Crémer. También rescataron del exilio entre Almarcha y él a Vela Zaneti. Recuerdo muy bien aquellas charlas radiofónicas que tenía con Crémer en la emisora y cómo hablaba, con esa voz

tan modulada, tan impostada, con la que leía versos dedicados a ese León que se veía desde el Portillo y que desde 1936 había llevado en la memoria".

Para su sobrina María Almarcha, su tío siempre tuvo un cariño muy especial por León y sus gentes. "Cuando se jubiló pasaba los inviernos en León en la Obra Hospitalaria y en los veranos nos íbamos para La Murada. Lo de la FASA eran intereses creados entre los empresarios leoneses que preferían que la industria se fuera a Valladolid antes de tener en León obreros. A él no le hubiera importado y prueba de ello es que siempre se preocupó por las clases menos favorecidas"

De igual opinión son su secretario particular don Julio Gutiérrez Frade y el archivero diocesano Jose María Fernández Catón, para quienes el obispo no tuvo nada que ver en esa oscura maniobra política. "No le hubiera importado lo más mínimo- dice Catón-. Fue una añagaza de la que quedó apartado".

Más sospechosa es la falta repentina de memoria que tuvo el ex_alcalde de León D. Manuel Arroyo Quiñónez, edil del Ayuntamiento desde 1967 al 74, concretamente los siete últimos años de la vida del prelado, cuando le preguntamos por su relación con el obispo. "Cuando yo era alcalde ya había muerto- dijo tajantemente-. Por eso no pude tener relación con él. No recuerdo nada." Al señalarle que Almarcha no murió hasta el 74, concretamente el último año de su mandato, dijo "debe de ser que me está flaqueando la memoria". Y aquí se acabó la charla.

Otra de las personas más conocedoras de la vida de aquel León de mediados de siglo y sus gentes es el librero D. Jesús Pastor, una persona que rezuma sabiduría por los cuatro costados y goza de una memoria privilegiada. Como hombre de la cultura, su opinión fue de gran valor y no vaciló en condenar a aquellos que levantaron su voz para colgarle al obispo semejantes bulos. "Era un hombre sencillo. Muy atento a las necesidades de los humildes y muy comprometido con todo lo que fuera la obra pastoral y religiosa de la Diócesis. Por eso lo de la FASA es una de las mentiras más graves que he oído. Ni se opuso ni dejó de oponerse, sencillamente no era quién para decidir en esas cuestiones. Pero estoy seguro que lo mismo que intentó traer la Universidad a León y prestó toda la ayuda a los obreros y personas humildes, lo hubiera hecho si hubiera tenido que decidir al respecto.

Un hombre sencillo

Y así se van sucediendo las opiniones de quienes le conocieron muy de cerca y todas coinciden en un mismo punto: el alto espíritu de entrega para los menos favorecidos, y su preocupación por la cultura y las cosas de la Iglesia. Pero no quisiéramos cerrar este somero esbozo del doctor Almarcha sin escuchar las palabras que amablemente nos dijeron dos personas muy

unidas a él y que, sin duda, pueden darnos la versión y la visión casi perfecta de cómo era el prelado oriolano: Victoriano Crémer y Antonio Viñayo. Oigamos al Cronista de la Ciudad.

"Llegué a la amistad y a la tutela, que todo hay que decirlo, del Obispo don Luis Almarcha, a través del sacerdote, Director del Instituto Padre Isla y escritor de cierto interés, con el cual me unía una buena amistad, don Luis López Santos. El obispo había establecido la costumbre, si se quiere propia de los cardenales del Renacimiento o de los abates de la Corte del Rey Sol, de reunir en Palacio a algunos de sus colaboradores principales y con ellos debatía problemas y presentaba opiniones y soluciones. Don Luis era figura importante en el organigrama de aquel ominoso gallego Francisco Franco, como capellán o Consiliario del Sistema Sindical de España. Y a lo peor teniendo como tenía yo una cierta resonancia como sindicalista, tal vez entendiera don Luis López Santos que yo resultaba una pieza que encajaba. Y de su mano acudí a la primera tertulia. Y se conoce que me hice notar y el Obispo me tomó a su cargo, tal vez porque le recordaba el fracaso de su intervención con Miguel Hernández, su paisano. A partir de aquel encuentro ya todos los domingos en que se celebraba reunión episcopal, era indispensable mi presencia.

"Por entonces recibí una carta de Vela, desde Méjico creo, en la cual me sugería la posibilidad de su reincorporación a la vida española, concretamente a la leonesa, a la que por tantas y tan distintas razones se sentía vinculado. Y se me ocurrió en un gesto espontáneo de atrevido compadreo, poner en conocimiento de D. Luis Almarcha el deseo de Vela Zaneti por romper su exilio y las posibilidades que tendría si lo intentara, teniendo en cuenta sus antecedentes, antes, durante y después de la Guerra Civil. Y fue sorprendente la reacción del Obispo. Sin concederme ninguna seguridad, hizo las gestiones necesarias para que al cabo de poco más de quince días me instara a que comunicara a Pepe Vela que ya podía venir a León concretamente. Y como para justificar a lo sagrado esta decisión de indulto y acogimiento, le encomendó la composición del mural para la iglesia de Jesús Divino Obrero.

"El Obispo Almarcha desde que llegó a León se proyectó en la sociedad como un Cardenal del Renacimiento: generoso y serio, elegante y culto, recto y tutelar. Recompuso, en la medida de lo posible , la complicada y un tanto alterada situación del Cabildo y sus mentores, rescató piedras sagradas de la desidia y de la furia destructora del tiempo, fundó museos, y centros de cultura y dotó a la función de una elevación que nunca antes había tenido. Parece ser que su tarea no fue aceptada por todos los curas y seglares con objetividad, porque todavía se producen recelos y discrepancias cuando se trata de la acción pastoral del buen Obispo que para mí fue siempre D. Almarcha".

Para Victoriano Crémer, la decisiva intervención del prelado significó su salvación y su permanencia en León: "Que en un tiempo como aquel, tan denso y tan intenso como peligroso, en el cual los más encopetados miembros de la Religión, de la milicia y de la política, se rendían a los dictados del dictador y, cuando era extrañísimo y hasta sorprendente que un miem-

bro de aquel tremendo tinglado levantara la voz para contradecir alguna forma de decreto del Rey del Pardo, pues digo que en un tiempo como aquel en el que toda rendición tenía asiento, resultaba francamente milagroso observar como aquel purpurado aparecía a los ojos y a la consideración de quien no tuviera la mirada empañada por prejuicios como uno de los hombres más liberales de su tiempo que había conseguido ensamblar perfectamente lo divino con lo humano, lo culto con lo popular, la misión con la ayuda. De mí puedo decir que, según llegué a conocer después de su muerte, en una reunión de máximas autoridades y cuando saltó mi nombre una vez más como signo de permanente contradicción frente a la unanimidad de tanto borrego agradecido pidiendo una condena y una forma eficaz de aislamiento, incluso pensando o sugiriendo el destierro, el Obispo Almarcha, con la autoridad que le confería su cargo, se opuso, argumentando en mi favor. De tal manera habíamos alcanzado un estado común de entendimiento, admiración y respeto común, que me encomendó la revisión y el montaje de un libro de Ramón Sijé, cuyo original guardaba y me entregó para que con una entrada suya y un prólogo mío, fuera publicado bajo mi cuidado. Se murió el Obispo antes de que hubiera podido completar el encargo y me quedé con el texto de Sijé, como un recuerdo de aquel entendimiento entre partes tan distintas como eran o podíamos ser el Obispo D. Luis Almarcha y el obrerillo tipógrafo que por entonces andaba sin trabajo, por mis antecedentes políticos".

Y para cerrar esta mirada a este "Príncipe del Renacimiento" oigamos al abad de la Colegiata de San Isidoro don Antonio Viñayo quien, como Crémer, no sólo admiró a su obispo sino que lo quiso y ayudó. "Le conocí cuando llegó a León y él fue el que me trajo aquí. Mi relación con él fue siempre muy cordial, tanto es así que tuvo la delicadeza de llevarme con él al Concilio Vaticano II de perito. Preparábamos conjuntamente sus intervenciones, que fueron siempre brillantísimas. Su dedicación a San Isidoro fue total, pues la encontró en ruinas. Mejoró el Cabildo, que eran cuatro ancianos de más de ochenta y tantos años, y se volcó en la restauración del templo que estaba muy deteriorado. Aquí celebró luego el Congreso Internacional de San Isidoro que tuvo mucha importancia, y en 19 64 el Congreso Eucarístico Nacional".

Con relación a los feligreses y a las gentes que le rodeaban, Viñayo señala que era abierto pero en la intimidad, que "a primera vista era un hombre adusto que nunca decía la primera palabra sino la última, pero tratándolo un poco era sencillísimo y muy sentimental. Ese aspecto de frialdad es el que ponemos todos los tímidos. Pero yo le vi llorar alguna vez por el fracaso de algún sacerdote. Era un hombre que gozaba de un prestigio nacional muy grande, que estaba muy por encima de su tiempo y al que en León se le ha hecho poca justicia y se le ha calumniado bastante, con la mala intención de sacudirse el muerto de que en León no hubiera industria, tanto la FASA como mil más. Mayor disparate no se podía concebir. Pues aunque él se lo hubiera propuesto, que no se lo propuso, ¿qué posibilidades tenía el obispo de traer o llevar de aquí nada. Lo que sí le hicieron fracasar fue lo de traer la Universidad a San Marcos, personas que yo no soy quién para mencionar y que la historia juzgará".

De su trato casi diario con el prelado, don Antonio nos habla de sus viajes con él a Orihuela y Roma conduciendo un Mercedes, matrícula LE-8000. "En su finca de La Murada estuve varias veces con él .Y un día, cuando yo regresaba para León, me dio una cesta de higos "para los viejecitos de San Isidoro". El segundo año que fuimos a Roma nos pusieron un coche con un chofer que era comunista, y un comunista muy peculiar ya que rezaba el rosario con nosotros. Nos llevaba a todas partes y cuando fuimos a una catacumbas no se le ocurrió decir más que "vaya una bodega de vinos". Esto hacía mucha gracia a Almarcha que se reía a mandíbula batiente".

Hasta aquí los recuerdos de las personas que conocieron muy de cerca a este singular obispo que entregó a León toda su sabiduría, amor y trabajo y que a cambio se quedó solo, recibiendo de los cicateros calumnias y desprecios. Muchas personas más nos han querido dar su espontánea opinión sobre el Obispo Almarcha que no podemos incluir en este limitado espacio, pero desde ministros a gente de la calle, desde la Santa Sede a los humildes párrocos del último pueblo de la Diócesis que aún viven y lo recuerdan, coinciden en que el doctor don Luis Almarcha Hernández fue el obispo que más amó a León y más hizo por él. ¿Fue este el mismo hombre que dejó morir a Miguel en el penal de Alicante?